

Compárese el pasaje transcrito de *El obispo leproso* con éste de *Años y leguas*:

—¡A la sombra, a la sombra!—. Y en la boca seca de ese hombre, enjuto, acortezado, la palabra sombra tuvo una frescura nueva, como si acabase de crearla (Pág. 948).

Pero, junto al valor emotivo o sensual que toda palabra puede adquirir empleada por determinadas personas, está también el valor que a ciertas palabras da el momento de su empleo o evocación. Algo de esto se percibe en el fragmento de *Años y leguas* que acabo de reproducir, en donde no sólo el hombre, sino también el momento de caligine, de sol denso, contribuye a acentuar el frescor subyacente en la ansiosa repetición de la palabra *sombra*.

Y en *El humo dormido* escribe Miró:

...hay emociones que no lo son del todo hasta que no reciban la fuerza lírica de la palabra, su palabra plena y exacta. Una llanura de la que sólo se levantaba un árbol, no la sentí mía hasta que no me dije: «Tierra caliente y árbol fresco». Cantaba un pájaro en una siesta lisa, inmóvil, y el cántico la penetró, la poseyó toda, cuando alguien dijo: «Claridad». Y fué como si el ave se transformase en un cristal luminoso que revibraba hasta en la lejanía. Es que la palabra, esa palabra, como la música, resuscita las realidades, las valora, exalta y acendra, subiendo a una pureza «precisamente inefable», lo que por no sentirse ni decirse en su matiz, en su exactitud, dormía dentro de las exactitudes polvorizadas de las mismas miradas y del mismo vocablo y concepto de todos (Pág. 614).

Véase cómo Miró se interesa por el doble valor de toda palabra: el mostrenco y el único que puede poseer, no sólo por la individualidad de la persona que la emplee, sino también—y esto es lo importante ahora—por su adecuación al preciso momento en que debe ser usada. Miró desea para cada momento, para cada matiz, para cada sensación la pala-

